

Los cambistas permanecen sentados en el suelo con un montón de monedas ennegrecidas al alcance de su mano. Empujados por la muchedumbre, atravesamos el bazar de las estofas, el de las babuchas, el de la cacharrería, el de los adornos de metal, que forman juntos un laberinto de callejuelas, cubierto de un techo desvencijado de cañas y ramas de árbol. Pasamos al través de los mercados de verdura, llenos de mujeres que al vernos levantan el brazo y nos echan maldiciones, y salimos de la parte central de la ciudad. Otra vez subidas y bajadas, cuestas arriba y cuestas abajo, vueltas y revueltas, callejones sombríos, pasadizos tenebrosos, mezcuitas, fuentes, puertas en forma de arco, rumor de molinos, coros de voces nasales, mujeres que se esconden, un olor que vuelca y un polvo que ahoga. Por último, salimos de la ciudad y dimos una vuelta en torno de sus murallas. Aquella se extiende formando la figura de un ocho inmenso, entre dos colinas, sobre las cimas de las cuales se distinguen las ruinas de dos antiguas fortalezas cuadradas. Del lado allá de dichas colinas se ve un verdadero cinturón de montañas. El río de las Perlas divide la ciudad en dos, que se distinguen con los nombres de nueva Fez, la situada en la margen izquierda, y la Fez antigua la de la derecha, circuidas ambas por una antigua muralla almenada intermediada de robustas torres, de un oscuro color calcáreo, aportillada en varios puntos. Desde las alturas se domina completamente la ciudad: un sin fin de casas blancas coronadas de azoteas, entre las cuales se elevan bellísimos minaretes adornados de mosaicos, palmeras gigantes, manchas de verdura, torrecillas almenadas, cupulillas verdes. Á primera vista se comprende la grandeza y magnificencia de la antigua metrópoli, de la cual la ciudad actual no es más que el esqueleto.

En las cercanías de las puertas y en las alturas que rodean la ciudad, en un espacio muy dilatado, se ve la campiña sembrada de monumentos y de ruinas: casbas, moradas de santones, zaidias, arcos de acueductos, sepulcros, restos inmensos de pavimentos y construcciones, que semejan los restos de una ciudad arrasada á cañonazos ó devorada por el incendio. Entre la población y la más elevada de las dos colinas que la flanquean, se desarrolla un dilatado jardín, un bosque espeso é intrincadísimo de morales, olivos, palmeras, árboles frutales y álamos altísimos vestidos de hiedra y follaje, surcado por innumerables arroyuelos, canales y puentecillos, encerrados por setos altísimos formados de flores y verdura. La altura opuesta se halla coronada de millares de pitas de dos y tres metros de elevación. A lo largo de los muros vense grandes excavaciones, fosos profundos llenos de vegetación frondosa; fragmentos enormes de bastiones y de torres derrumbadas; un desorden grandioso y severo de ruinas y verdor, que trae á la memoria los más pintorescos rasgos de los alrededores de Constantinopla. Pasamos delante de las puertas del Ghisa, de Hierro, del Padre de la Cuoia, Nueva, Quemada, Cerrada, del León, de Sidi Buxida, del Padre de la Utilidad, penetrando en la nueva Fez por la del Nicho de la Manteca. Aquí se encuentran grandes jardines, vastos espacios abiertos, anchas plazas circuídas de murallas almenadas, y puertas en arco, y torres y puentes, y bellísimos puntos de vista y lejanos panoramas de montañas y colinas. Algunas de dichas puertas son desmesuradamente altas, teniendo sus hojas forradas de plancha de hierro, guarnecidas de clavos enormes. Al acercarnos al río de las Perlas, encontramos un caballo medio podrido abandonado en medio del camino. Á lo largo del muro vimos un centenar de árabes

que lavaban, para cuya operación saltaban sobre el montón de ropa puesta en la orilla. Encontramos patrullas de soldados, personajes de la corte á caballo, pequeñas reatas de camellos, muchas mujeres campesinas llevando los chiquillos á la espalda, que al pasar junto á nosotros se cubrían el rostro, y finalmente encontrámonos con caras que nos sonreían. Penetramos en el Mella, ó sea el barrio de los judíos. Fué la nuestra una verdadera entrada triunfal. Asoman á las ventanas y á las azoteas, bajan á las calles, se llaman unos á otros, acuden de todos los puntos. Los hombres, ostentando su cabellera, envueltos en sus luengos balandranes, con la cabeza cubierta por un pañizuelo anudado debajo de la barba como las mujeres, se inclinan ante nosotros y nos saludan con ceremonioso sonrís. Las mujeres, blanquísimas, de mórbidas formas, vistiendo trajes verdes y rojos, galoneados y bordados de oro, nos dan los *buenos días*, dirigiéndonos expresivas y elocuentes miradas con sus penetrantes ojos negros. Algunos muchachos vienen á besarnos la mano respetuosamente. Para sustraernos á semejante ovación, y á la suciedad de las calles, tomamos por una transversal y salimos á un campo cubierto de sepulcros de piedra, de forma paralelipípeda, blancos como la nieve, que según nos dijeron, constituía el cementerio israelita. Desde dicho punto regresamos á la ciudad, y después de otra hora de andar por callejuelas tortuosas é inmundas, sofocados de calor, asateados de miradas, maldecidos por mil bocas, la cabeza hecha un torbellino y quebrantados los huesos, dimos finalmente con nuestros cuerpos en el palacio del embajador.

¡Oh Fez, dice un historiador árabe, en tí se hallan reunidas cuantas bellezas encierra la tierra! Y añade que dicha



Fragmento de una puerta

ciudad ha sido siempre el asiento de la sabiduría, de la ciencia, de la paz y de la religión; la madre y la reina de cuantas ciudades se encuentran en el Magreb; que sus habitantes son superiores en talento y penetración á todos los demás de Marruecos; que cuanto hay en ella y sus contornos ha sido inmediatamente bendecido por la mano de Dios; hasta el agua del

río de las Perlas que tiene la virtud de curar el mal de piedra, suaviza el cutis, perfuma los trajes, destruye los insectos, bebida en ayunas hace más gratos los placeres de los sentidos, y arrastra piedras preciosas de inestimable valor.

Y no es menos poética la historia de su fundación, bajo la pluma de los escritores árabes. En efecto, según sientan, cuando á fines del siglo VIII los Abbásidas se dividieron en dos bandos, un príncipe del vencido, Edris ben-Abd-Alá, refugióse en el Magreb, en las cercanías del lugar en el cual se edificó más tarde la ciudad de Fez: aquí vivió en la soledad, entregado á la oración y á la meditación, hasta tanto que, habiéndole merecido gran fama entre los berberiscos de la comarca lo distinguido de su alcurnia y su vida ejemplar, fué por éstos elegido cabeza y jefe de ellos. Paulatinamente, por medio de las armas y merced á la autoridad que le daba la circunstancia de descender de Alí y de Fátima, fué extendiendo su soberanía hasta dominar una gran parte del país, convirtiendo al islamismo idólatras, cristianos y judíos, llegando su poder á tal extremo, que temeroso el califa de Oriente Arun-al-Raschid, le hizo dar veneno por medio de uno que se fingió médico, persuadido de que de este modo se arruinaría el naciente imperio. Pero los berberiscos, después de haber sepultado con gran pompa y ostentación el cadáver de Edris, proclamaron califa á un hijo suyo póstumo, llamado Edris-ben-Edris, que subió al trono á la edad de doce años y consolidó y desarrolló la obra de su padre, pudiendo decirse que fué él el verdadero fundador del imperio de Marruecos, que continuó regido por los miembros de su dinastía hasta fines del siglo X.

Á dicho Edris se debe la fundación de Fez, el día 3 de Febrero del año 808, «en un vallecillo puesto entre dos altas

montañas, cubiertas de frondosos bosques y regadas por juguetones y numerosos arroyuelos, cabe la derecha orilla del río de las Perlas.»

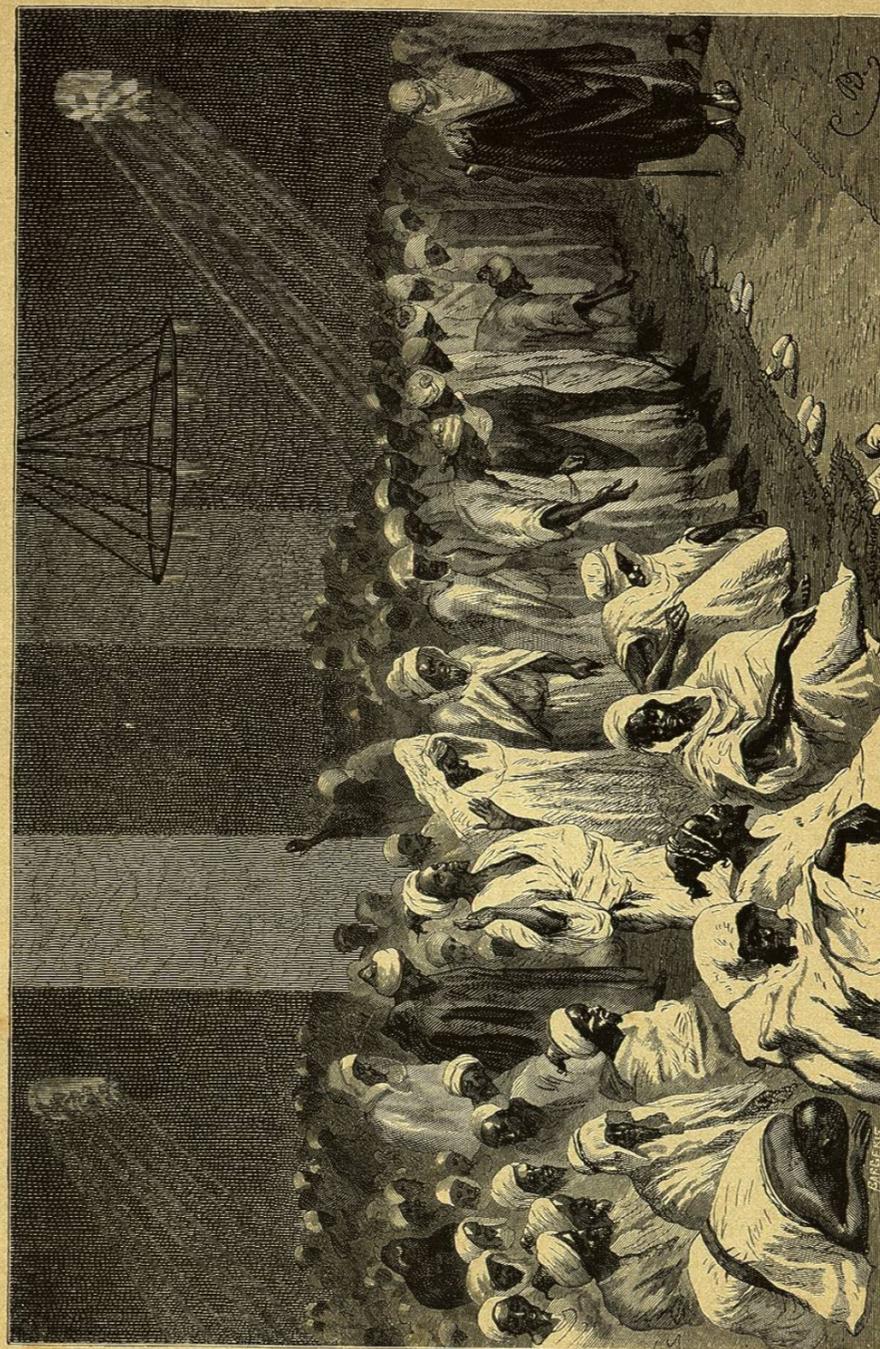
La tradición refiere de diferentes maneras el origen de aquel nombre, pues al paso que en una se dice, que abriendo las zanjas para establecer los cimientos de la nueva ciudad, topóse con una hacha colosal, que pesaba sesenta libras, de la cual tomó el nombre la ciudad, puesto que hacha en árabe vale tanto como fez, consigna otra leyenda que el propio Edris trabajaba en la obra referida en medio de sus obreros, los cuales, en testimonio de gratitud, le ofrecieron una hacha de oro y plata, y para corresponder á dicho obsequio y perpetuar su memoria, dió el nombre del hacha á la nueva ciudad. Refiere otra narración que un día el secretario de Edris preguntó á su señor «qué nombre pensaba poner á la ciudad que estaba levantando,» á lo cual contestó aquél, «el del primero con quién topemos;» y habiéndose encontrado en su camino con un hombre, le preguntaron y respondió que se llamaba Farés; pero como era tartamudo, en lugar de Farés, pronunció Fez, y el príncipe, cumpliendo lo manifestado, dió á la población el nombre referido. Sientan otros que junto á las márgenes del río de las Perlas existió en otro tiempo una ciudad magnífica llamada *Zef*, cuya existencia se prolongó mil ochocientos años, habiendo sido arruinada antes de que brillara el islamismo sobre la tierra, y que Edris impuso á su metrópoli, bien que pronunciándolo al revés, el nombre que llevara la ciudad destruída. Sea de esto lo que se quiera, la nueva ciudad creció rápidamente, tanto, que á principios del siglo x rivalizaba en grandeza y esplendor con la de Bagdad; encerraba dentro de sus muros la mezquita de El-Caruin y la de Edris, que existen todavía,

la mayor aquélla y ésta la más venerada del África, y merecía ser llamada la Meca de Occidente. Á mediados del siglo xi Gregorio IX establecía en ella un episcopado. Bajo la dinastía de los Almohades, contaba treinta populosos arrabales; ochocientas mezquitas; noventa mil casas; diez mil tiendas; ochenta y seis puertas; vastísimos hospitales; magníficos baños; una inmensa biblioteca, riquísima en manuscritos griegos y latinos de gran precio; escuelas de filosofía, de física, de astronomía y de idiomas, á las cuales acudían personas doctas y literatas de todos los países de Europa y de Levante, mereciendo ser llamada la Atenas africana, siendo al propio tiempo asiento de una feria perpetua y emporio al cual afluían los productos del mundo conocido; teniendo en ella el comercio europeo sus bazares y sus hospederías, y constituyendo su población quinientos mil habitantes, moros, árabes, berberiscos, judíos, negros, turcos, cristianos y renegados.

¡Cuán diferente ahora! ¡De todo apenas quedan las señales! Los jardines son pocos en número; la mayor parte de las mezquitas yacen por el suelo ó amenazan arruinarse; de su rica biblioteca sólo resta uno que otro libro apolillado; sus escuelas desaparecieron; el comercio languidece; los edificios se derrumban, y la población no llega con mucho al quinto de la que tuvo en los mejores tiempos de su esplendor. Fez no es más al presente que la osamenta inmensa de la metrópoli, abandonada en medio del inmenso cementerio de Marruecos.

Realizado nuestro paseo por el interior de Fez, lo que más excitaba nuestra curiosidad era el examen de las mezquitas de El-Caruin y de Muley-Edris; pero como está prohibido á los cristianos el penetrar en ellas, tuvimos que

contentarnos con lo que se ve desde la calle, esto es, los bellísimos mosaicos que adornan las puertas, los patios con arcos de herradura, las naves bajas y extensísimas divididas por un bosque de columnas é iluminadas con una luz misteriosa. Á pesar de esto hay motivos poderosos para creer que no son hoy estas mezquitas lo que en los tiempos en que gozaron mayor fama, puesto que ya en el siglo xv, describiendo el célebre historiador Abd-er-Rhaman-ebn-Kaldun la de El-Caruin (que como dice, ennobleció Dios por todo extremo), habla de determinados adornos que en su tiempo habían ya desaparecido. La primera piedra de dicha mezquita fué puesta el primer sábado del Ramadán del año 859 de Jesucristo, gracias á la munificencia de una piadosa mujer del Kairuan. En un principio no fué más que una mezquita de reducidas dimensiones, pues no tenía más que cuatro naves; pero paulatinamente, gobernadores, emires y sultanes la ensancharon y embellecieron á porfía. En la parte superior del alminar, construído por el imán Ahmed-ben-Aby-Beker, brillaba una bola de oro, cuajada de perlas y piedras preciosas, dentro de la cual se conservaba la espada de Edris-ben-Edris, fundador de Fez. En las paredes interiores existían varios talismanes que preservaban la mezquita de topos, serpientes y escorpiones. El Mirab, nicho ú hornacina abierto en dirección á la Meca, era tan rico y esplendoroso, que los imanes se vieron en la precisión de hacerlo jalbegar para evitar que los fieles se distrajeran en sus plegarias. Había un púlpito de ébano con incrustaciones de marfil y piedras preciosas. Contábanse hasta doscientas setenta columnas que formaban diez y seis naves, de veintiún arcos cada una; quince grandes puertas de ingreso para los hombres, y dos pequeñas para las mujeres, y mil setecientas lámparas que en la vigé-



Interior de una mezquita